

CAPITULO III

**La noche del 8 al 9 Thermidor.—La derecha traiciona á Robespierre.
—La jornada del 9 Thermidor (28 Julio 94)**

Robespierre enemigo de la insurrección.—Prepárala la Comuna.—La Montaña logra arrastrar á la derecha contra Robespierre.—Hábil discurso de Saint-Just.—Interrupción.—Torpeza de los acusadores.—Se ahoga la voz de Robespierre.—Barere intenta salvar á Robespierre.—Pídese su arresto.—Es arrestado.

Cuando regresó á su casa Robespierre, las señoras Duplay, temblorosas, expresaron su ansiedad. Robespierre dijo: «Nada espero ya de la Montaña. Pero la mayoría de la Convención es pura y me escuchará.»

La mayoría, la masa, eran el centro y la derecha.

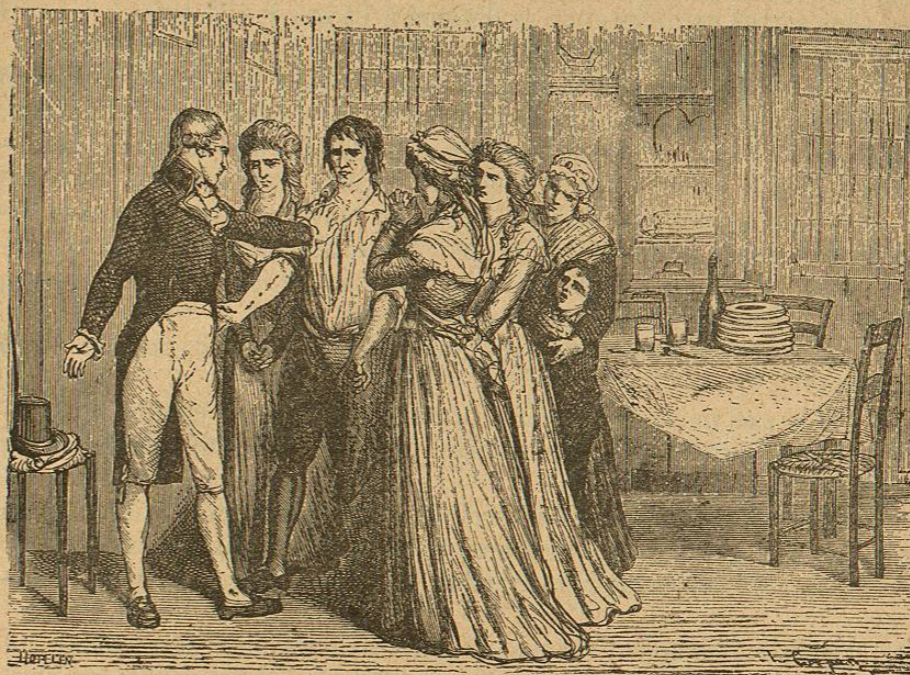
Su discurso del 8 contenía los más fuertes llamamientos á esta masa. Llegó á decir que él fué quien salvó á los setenta y tres. Robespierre, la derecha y el centro, sin tratar directamente con Robespierre, estaban ligados con fuertes lazos, los de la complicidad en las cuestiones religiosas y en las ejecuciones de Desmoulins, Fabre y Danton. ¿Quiénes sino la derecha y el centro dieron á Robespierre la fuerza de la dictadura?

En realidad la derecha pensaba (como en casi en toda Europa) que después de todo, Robespierre era el único hombre de orden. Robespierre fué adulado hasta el extremo de que un mes antes de Thermidor, Bossy d' Anglas le llamaba el Orfeo de Francia.

Cuando la votación del último discurso, acordó la derecha y el centro revocar el acuerdo. La Montaña era una especie de poder inmóvil, neutral entre la derecha y Robespierre. La Montaña, pues, permanecía severa, paralizada por la derecha, pero en ella figuraban los mejores hombres, los más republicanos, que vieron envuelta en Robespierre la Revolución, dependiendo de él, atada á su destino. Saint-Just y Robespierre, aun teniendo las mismas opiniones, diferenciábanse en

que el primero era hombre de acción. Los robespierristas, aunque *motu proprio* inspiráronse en la actitud de Saint-Just para adoptar terribles medidas. Payan, en la Comuna preparó la insurrección. Henriot tenía ya la autorización de la Comuna y dictaba á sus oficiales de la guardia nacional órdenes para tomar las armas al día siguiente á las ocho.

Robespierre, después de la lectura dijo: «Este es mi testamento de muerte. Yo os dejo mi memoria. Vosotros la defenderéis. Si me matan,



Las señoras Duplay, temblorosas, expresaban su ansiedad. (Pág. 524)

moriré tranquilo.» «Y nosotros queremos morir contigo» gritó Payan, David y otros.

Allí estaban Payan y Coffinhal, sin saber si su maestro aprobaba ó no su conducta.

Un grito unánime resonó en la Asamblea. Collot intentó en vano hacerse oír. Se arrancó el chaleco para enseñar los homicidas golpes que descargó Ladmiral. Los cuchillos levantáronse contra él. La violencia apagó el buen sentido. Couthon llegó hasta el extremo de pedir que se borrarán los nombres de los representantes que habían votado contra la impresión del discurso de Robespierre.

La cuestión era saber si Cambon, Tallien, Freron, Lecointre podían poner en movimiento á los comités.

Tallien había recibido una carta de su Teresa que estaba en la

cárcel de los Carmes, diciéndole: «Mañana he de comparecer ante el tribunal revolucionario: muero con la desesperación de haber pertenecido á un cobarde como vos.»

Tallien compró un puñal para Robespierre ó para él.

Desde las nueve y media de la noche Lecointre estaba á la puerta del comité armado de toda clase de armas, hasta pistolas con pequeñas bayonetas que le atravesaban los bolsillos. No encontró más que al inocente Laviconterie: «Se está armando á la guardia nacional—le dijo.—Todos somos perdidos si no se detiene á Payan y á Henriot.»

La puerta del comité estaba cerrada.

A la una de la mañana aun permanecía allí Lecointre. A Freron le ocurrió lo mismo. En la puerta del comité encontraron á Cambon. Cambon faltó á la consigna. Fué un espectáculo que asombró. Saint-Just disputaba siempre con Billaud. La disputa comenzó á las once con una escena violenta con Saint-Just. Collot entró en los Jacobinos furioso, golpeando las puertas y se abalanzó sobre Saint-Just, zarandeándole, creyendo encontrar sobre él las pruebas de su perfidia. Carnot, Barere, Billaud y Lindet protegieron á Saint-Just.

Las cosas no se encontraban muy bien, por cierto, cuando llegó Cambon.

Vió lo que había ocurrido, lo presintió y salió del comité convencido de que Saint-Just y Robespierre, comenzarian al día siguiente su acusación contra él.

Entre tanto la actitud de Lecointre, sus palabras, sirvieron para apercibir á la gente contra el armamento de la guardia nacional.

A las cinco de la mañana terminó la disputa entre aquellos hombres.

Barere vió como se escapaban todas las ocasiones para tomar un partido contra la dictadura; tomó miedo. Hizose robespierrista y aproximándose á Couthon, díjole: «Si te atacan nada temas: yo te defenderé.»

La Montaña estaba perdida si ella misma no se salvaba. Nada pedía ya de los comités.

Pero el instinto de conservación, la voluntad de vivir, son potencias demasiado clarividentes para que se las pueda ahogar. Los más amenazados, al día siguiente representaron un gran papel.

Aun había en la Convención algunos constituyentes, representantes de un mundo antiguo que vivían por raro milagro, por el milagro de la política de Robespierre.

Los más conocidos eran Sieyes, Durand-Maillane y Boissy d'Anglas.

Decíase ya: «Una minoría de hombres oprime la República. Esta minoría es la de los robespierristas. Juzgadles á ellos por el aislamiento en que viven.»

Robespierre debía de vivir como su partido. Los Thermidorianos hablaron al corazón y á la vanidad de la mayoría: «Vosotros sois los

más y ¿quién gobierna? Gobierna la minoría insignificante de los robespierristas.»

Hay que añadir que los Thermidorianos no creían que la inmensa mayoría de los derechistas permanecían fieles al monarquismo. Legendre, Freron, creyeron (como se demostró en el 95) que la mayor parte de estos hombres eran republicanos.

Robespierre creyó á la derecha girondina, republicana, en fin. Creía que con ella existía un pacto tácito y no pudo suponer que le negaría la vida que él supo conservar.

Robespierre, en esta seguridad, tenía la conciencia de su inmenso poder. Nadie reparó los inmensos beneficios que Robespierre proporcionó á la República.

¿Ignoraba él los preparativos militares? No; pero creía que eran una medida de precaución. La Asamblea parecía libre y por lo mismo podía aceptar dignamente la conciliación que proponía Saint-Just.

El discurso escrito por él, indudablemente lo consultó con Robespierre.

Este discurso puso de manifiesto que si Saint-Just era el espíritu más utopista de la Asamblea, era también algo más que un político: era gran hombre de Estado. La rigidez era exterior solamente. Si en sus primeros discursos muéstrase tiránicamente elocuente, en sus últimos demuestra una sagacidad, una observación finísima.

El fondo del discurso del 7 Thermidor está habilidosísimo, para descartar del nombre de Robespierre la acusación de dictador. Acusó á Collot, Carnot, Saint-André, quienes aprovechando la ausencia de Robespierre y Saint-Just querían erigirse en dictadores.

¡Robespierre dictador! ¡La dictadura de la elocuencia! ¿Y quién os impide á vosotros que intenteis ser elocuentes?

Saint-Just lanzó su pensamiento á los espacios. Su discurso fué grandioso, conmovedor, sublime. Campeaba en él la forma noble, sabia, libre de toda rigidez, de toda forma vana. Fué en todo moderado y sus enemigos sintiéronse sobrecogidos de terror. Tallien le interrumpió: «¿Quién no llora como tú los infortunios de la patria? ¿Quién no se horroriza al ver derramados ríos de sangre de patriotas?»

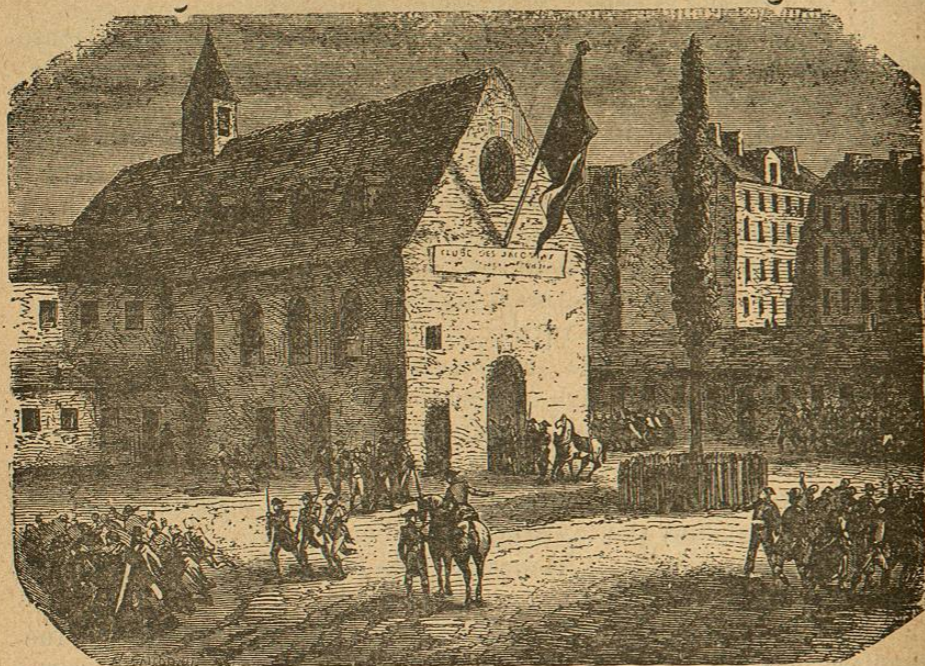
Los comités llegaron con Billaud en el instante en que Saint-Just, furioso porque habían faltado á su palabra, parecía querer exterminarlos. Desearon ahogar sus voces. Temieron morir. Aprovechando el incidente que provocó Tallien, Billaud levantó la voz interrumpiendo á éste: «Ayer algunos hombres en los Jacobinos quisieron ahogar la voz de la Convención nacional... ¡Allí veo uno, en la Montaña!...»

«¡Detenedlo!... ¡Detenedlo!...»—Este grito partió de todos los bancos. Cuando una Asamblea temerosa lánzase en una carrera desesperada puede ir muy lejos.

Muchos oradores pretenden hablar. El tumulto crece de punto: «¡A la Abadía! ¡A la Abadía!» gritan muchos.

Los acusadores estaban demasiado emocionados para poder em-

plear habilidad. Billaud vomita entre muchos ataques justos, insultos terribles. Dijo que Robespierre haciéndose el víctima abandonó el comité por la resistencia que encontró su ley de Pradeal, que había organizado un infame espionaje contra los representantes del pueblo. Todo esto se escuchó, pero cuando se acusó á Robespierre de proteger á los ladrones, de que obligaba al gobierno á emplear á los nobles, se encogió la gente de hombros.



Leonard, Bourdon y Legendre cierran el club de los Jacobinos.

Más absurdo fué lo que dijo Billaud, cuando dijo torpemente que Henriot era cómplice de Hebert y que él fué, Billaud, quien atacó á Danton y *no Robespierre que lo había defendido*.

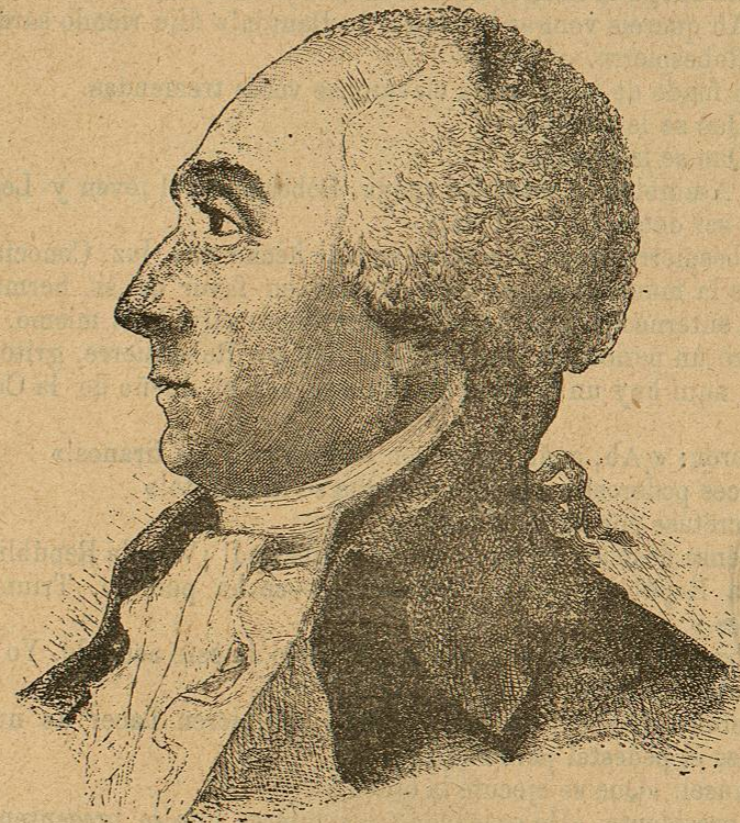
Olvidaba que entonces los montañeses eran casi todos hebertistas y dantonistas.

Sus palabras dejaron fría á la Asamblea. Robespierre quiso responder, para la voz formidable de la Asamblea, como un trueno, dijo: «¡Abajo el tirano!» Los coaligados vieron que solo así podrían conducir á la muerte á Robespierre.

Lo que osó hacer la Asamblea incontinenti fué arrestar á Henriot, á Dunas. Aun se dejaba una puerta abierta á Robespierre. Podía arrojar sobre aquellos el odioso, el innoble informe de acusación contra quienes habían armado la guardia nacional.

Entonces Barere quiso fijar los minutos de la discusión.

Quiso salvar á Robespierre por temor á que los Freron aboliesen los comités. Abogó porque no se atacara esta garantía de gobierno. La discusión se prolongó demasiado. Todos se cansaron. Vadier quiso hablar de la Madre de Dios y la Asamblea echóse á reír. Robespierre, con



HEBERT

los brazos cruzados en la tribuna, pudo ocultar su desprecio participando de esta risa.

Tallien habló para censurar á Robespierre, que había atacado á los «heroicos comités que habían salvado á la patria.»

Robespierre tembló ante el peligro: negó, se agitó, se revolvió. Con sus miradas hizo un llamamiento supremo á la Montaña.

Robespierre, poseído del más terrible furor, hizo un esfuerzo desesperado, se dirigió la derecha: «Es á vosotros á quienes me dirijo; á vosotros los hombres puros, no á los bandidos.» Y les pidió la vida que debían á él. No alcanzó más que ultrajes, gritos de odio, risas, la muerte.

¿Quién le respondió? La voz de Danton, es decir, Thirion. Este, que después de muerto Danton adquirió una terrible enfermedad del pecho, tuvo aquel día un asombroso poder.

Robespierre no podía esperar nada ya desde el momento en que había caído en poder de los dantonistas.

«¡Lo ahoga la sangre de Danton!» dijo Garnier.

«¡Ah queréis vengar la sangre de Danton!» dijo riendo sardónicamente Robespierre.

Del fondo de la Montaña eleváronse voces tremendas.

«¡Que se le acuse!»

«¡Que se le arreste!»

La Asamblea en masa los apoya. Robespierre el joven y Legendre quieren ser detenidos también.

Robespierre creyó encontrar en este hecho una luz. Conocía el corazón de la muchedumbre. Quiso hablar en favor de su hermano. Si hubiera enternecido á la Asamblea se hubiera salvado él mismo.

Pero un periodista, Duval, despedido por Robespierre, gritó: «Presidente: aquí hay un hombre que quiere ser el dueño de la Convención.»

Freron: «¡Ah, cuán difícil son de combatir los tiranos!»

Voces poderosas repitieron. «¡Que se le arreste!»

Decrétase por unanimidad.

Oyéanse después gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!

«La República—grita Robespierre—se ha perdido. Triunfan los brigantes.»

Lebas: «No puedo compartir el oprobio de este acuerdo. Yo quiero ser arrestado también.»

Freron: «Lebas, Couthon y Saint-Just quieren hacer de nuestros cadáveres el pedestal para su trono.»

Clausel: «Que se ejecute la orden.»

El presidente: «He ordenado á los ujieres que se presenten, pero niéganse á obedecer.»

Fouchet: «¡A la barra con los acusados; nada de privilegios!»

Los acusados descienden á la barra. La Asamblea aplaude con frenesí.

Robespierre fué conducido á los comités como para ser interrogado; ¿qué podía temer allí? Contaba con numerosos amigos colocados por él. Allí conservaba un extraordinario ascendiente moral. Allí alcanzaría una nueva apoteosis.

Circuló por todo París el rumor de que Robespierre había sido arrestado. Muchos dijeron: «¡Ah; por fin ha quedado destruído el patíbulo.»

Aquel mismo día se vió salir del arrabal de San Antonio cuarenta y cinco condenados á muerte. Nada más doloroso. Muchos pedían gracia. Una parte del público se abalanzó sobre los caballos cogiendoles

de las bridas. Pero Henriot llegó á tiempo y dispersó á sablazos á la muchedumbre.

Dumas se creyó muerto también, puesto que la vida del comité revolucionario se extinguía por momentos.

Preparó sus maletas para huir á Suiza con su familia.

